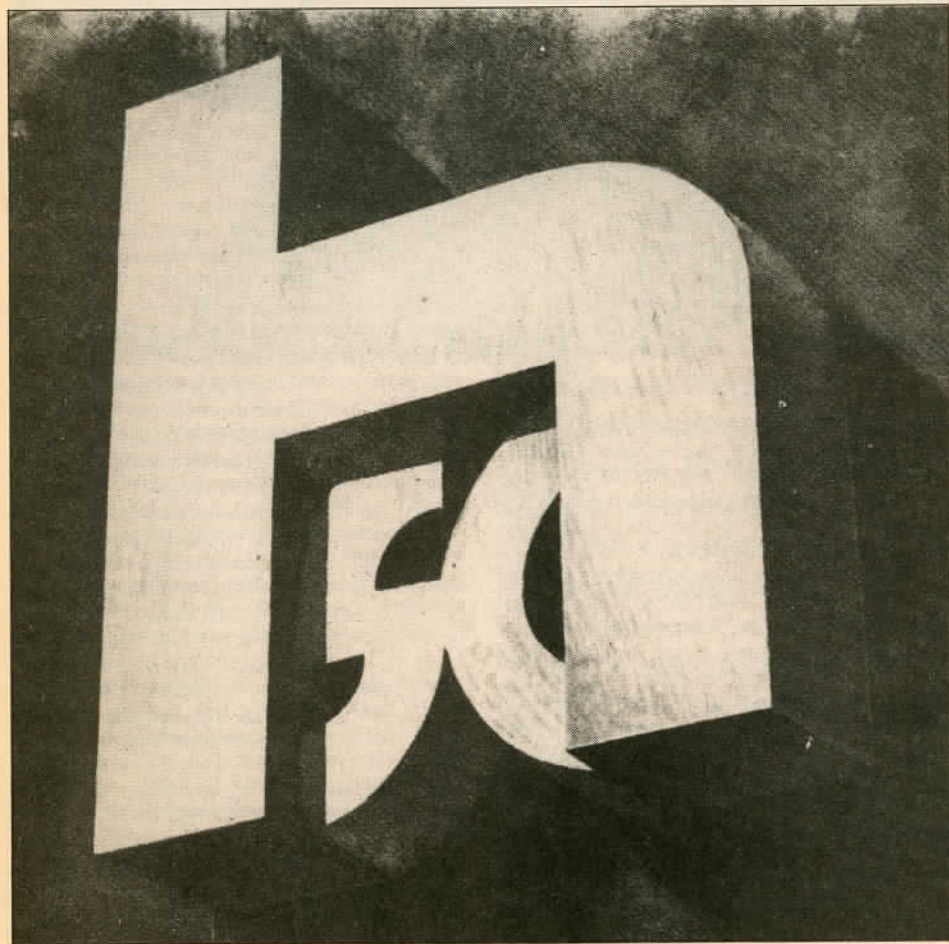


A la memoria de un caballero de la medicina y de la vida: Agustí Peipoch

"Cuando mi voz calle con la muerte, mi canción te seguirá cantando con su corazón vivo".

Rabindranath Tagore

Texto: Moisés Cadierno

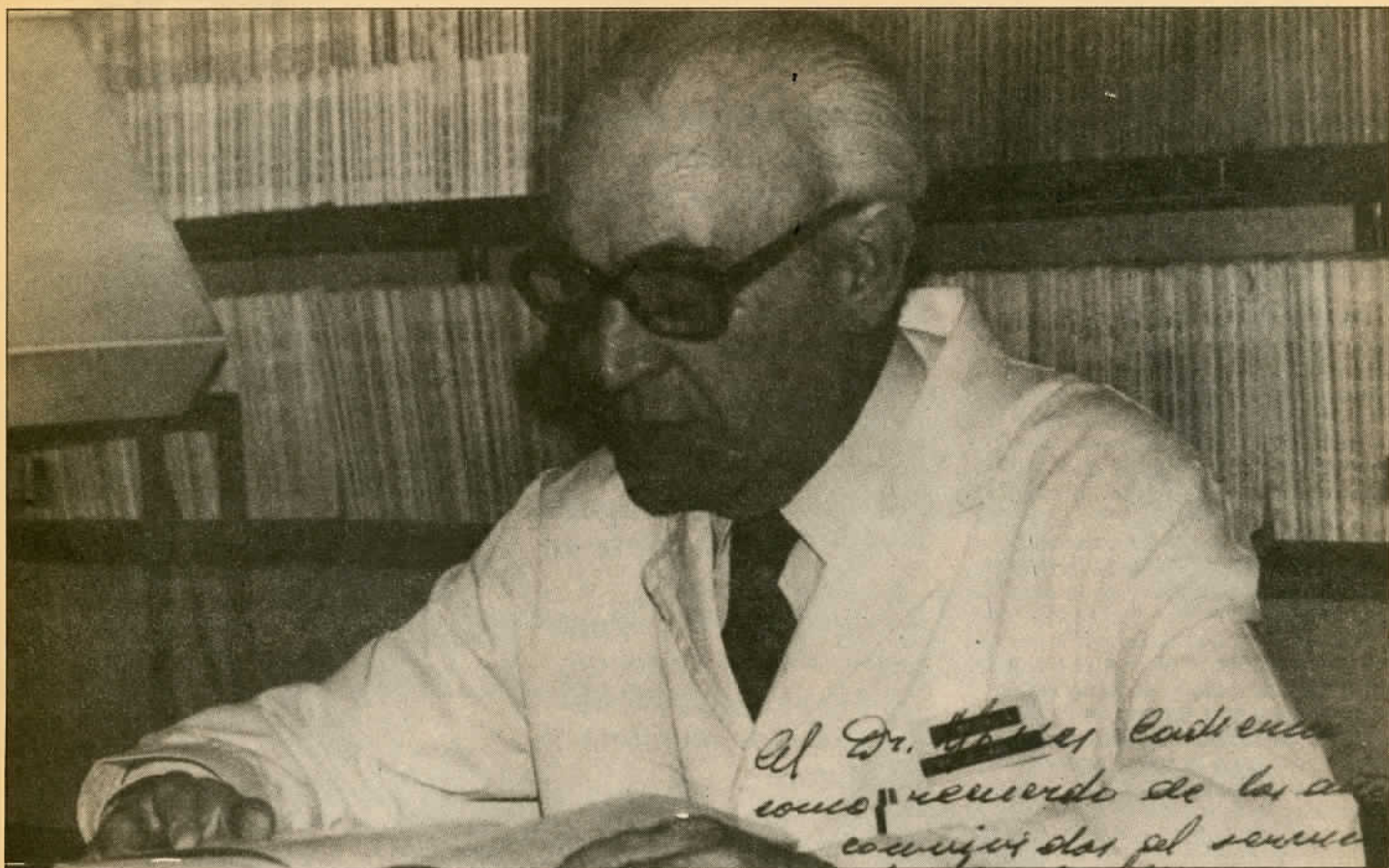


Tuvo tiempo para su gran amor: la "Historia del Hospital del Sagrado Corazón".

Fineza en el trato, elegancia en el gesto, exuberancia en el arte, sentimiento en "lo hondo" y sensatez en lo práctico. Estas son las divisas que siempre exhibió quien supo siempre aplicar a la obra, el precepto; al momento oportuno, la precaución; a la conducta, la nobleza; al trato, el orden; al temor, la piedad; a la riqueza, la generosidad; al discurso, la persuasión; al silencio, la expresión favorable; a la sentencia, la justicia; a la audacia, la precaución; a la acción, la eficacia; a la gloria, la humildad; a la autoridad necesaria, la amable inflexibilidad; y a su naturaleza, el buen juicio mental, fue un Maestro: Juan Agustí Peipoch.

Por más que nos empeñemos en distinguir entre muertes y muertes, por más que se dediquen a las retóricas de la resignación, que es el fuerte de las religiones, la muerte siempre es absurda. Hay, sin embargo, una muerte que tiene innegable naturalidad: la de la persona que dejó ya todas sus fuerzas en la vida y se va cuando ya sólo le quedaba resuello para el último suspiro. Todo conforme a naturaleza. Sólo que el hombre es un animal que se distingue de los demás por tener conciencia de este absurdo destino: no tiene inocencia ante la muerte, por más que a veces ponga tanto empeño en olvidarlo. A lo sumo conseguiremos jugar al escondite con ella.

Cuando muere uno de estos seres únicos, como el Dr. Agustí, que han llevado con su vida y su obra toda una etapa de una actividad concreta, es oportuno repetir el verso que Lorca dedicaba a su amigo Ignacio Sánchez Mejías: "Tardará mucho tiempo en nacer, si es que nace...".



Aquel hombre al que la vida le había jugado suficientes trastadas, rebosaba buen humor por todos los poros.

Juan Agustí lo que amó fue la vida, cualquier cosa en que hubiera vida: una estrella, un halcón, una campanilla azul, la curva de un río, el sol elevándose sobre un mar vacío. Leyó el mundo como un libro profético en que su tarea era siempre descubrir. Fue profundamente libre y eso es lo que le hizo un gran Médico.

El Dr. Agustí era un hombre de espíritu elevado, que ejerció el mecenazgo cuando no estaba en condiciones económicas para hacerlo. Asimismo, fomentó y cultivó la amistad y no dudó en honrar a sus maestros y amar a sus discípulos. Quizá porque, después de todo, el Dr. Agustí sabía que sólo aquel que honra a sus maestros más allá de la muerte es capaz de transmitir algo de valor a las nuevas generaciones.

En muchas ocasiones los mejores amigos del médico no son sus colegas. Hace poco me decía: "Nosotros, los solitarios y libres en el espíritu, vemos que constantemente, en algún punto, parecemos otra cosa que la que pensamos. Mientras no deseamos más que la verdad y sinceridad, se teje en torno nuestro una red de equívocos y nuestro más violento anhelo no puede impedir, sin embargo, que nuestro obrar se vea envuelto en una nube de falsas opiniones, de adecuación, de semiconcepciones, de silencios indulgentes, de interpretaciones erróneas". Nadie podría hacer con palabras más hermosas y justas un retrato tan fiel de lo que es un solitario, y, sobre todo, de lo que siente un solitario. Porque la soledad no es un estado intelectual, sino de los sentimientos. No es siquiera un estado transitorio,

sino una forma de ser y padecer. Quien ha conocido una vez la soledad, jamás podrá vivir lejos de ella, tanto para aborrecerla como para deseársela.

No sería justo ignorar la influencia transcendente de su esposa, compañera inseparable del Agustí-hombre y del Agustí-profesional. Desgraciadamente no es fácil seguir la pista de las contribuciones calladas. Sólo en la correspondencia, en las dedicatorias, los testimonios directos o las viejas fotografías hallamos algo, un rostro, una frase, un nombre, que recuerda al mundo que la obra, en cierto modo, no hubiera sido posible sin Montserrat. Aquella que, cuando la moneda estaba en el aire y el futuro se abría orgiástico para todos, decidió que cedería al compañero el dudoso y magnífico privilegio de realizar su propia historia.

Una calvicie respetuosa despejaba el perfil ávido del cirujano. Arrugas poderosas surcaban su frente cuando, de improviso, escrutaba al interlocutor. Tensa mirada, sus ojos adquirían un gris acuoso. Sus palabras se poblaban de Dios hasta aparecer dibujada la eternidad en su cara rala, casi transparente. Juan Agustí pertenecía a esa especie de ídolos que poseen ilustres fantasmas del pasado vagando en su torre de hielo. Ochenta y dos años significan demasiada vida como para no acogerse a cariñosos desmañados seniles. De vuelta de todo y de nada, Agustí percibió la muerte sin empachos trasnochados. "La gran dificultad es la muerte de los otros". La propia, para el médico, siempre se supera con éxito.

A estas alturas y respetado ya por ami-

gos y enemigos, no se conformó con los dulces y placenteros detalles de la jubilación. Siguió en la brecha porque la sed intelectual es una droga a la que se deja de servir sólo en la muerte. Con coquetería, el cirujano-historiador se complace en haber tenido tiempo casi de sobra para su gran amor y obsesión: la "Historia del Hospital del Sagrado Corazón". Las arrugas han podido con él.

De todo lo que es posible aprender, eligió y aprendió lo mejor; y de todo lo que aprendió, eligió lo mejor y nos lo enseñó. Durante toda su vida practicó su mayor oficio y vocación: la Amistad. Tenía el aprecio de todos. En los últimos tiempos de su vida como que no podía gastarse en la acción, se gastaba en la mística de la amistad. Sabía que allí donde exista verdadera amistad, no hay necesidad de ceremonias. Por eso, la facultad de amar y de admirar es el punto de partida para medir la grandeza de los elegidos. ¿Por qué recordar todo esto? Porque sin memoria no puede existir ética. El Dr. Agustí se inventó una teología del "comunitarismo" que era un enterneamiento de la justicia y de la igualdad con la fraternidad.

Si hoy parece haberse perdido la ética colectiva por la que se sacrificaron tantos de nuestros mayores, es porque se ha perdido la memoria de hombres como el Dr. Agustí. Temo que todos suframos una amnesia deliberada para poder vivir holgadamente en el presentismo insolidario.

Recuperar la memoria, en este caso y en tantos otros, no es cultivar la añoranza o el

PASA A LA PÁGINA 14

VIENE DE LA PÁGINA 13

sentimentalismo, sino rendir justicia a un pasado que puede alumbrar el futuro. Yo hubiera tenido que decir a mis hijos muchas veces, y no lo he dicho nunca: "Conocía a un hombre, tuve un amigo que se llamaba Juan Agustí, y que si valgo algo humanamente, en estos momentos, es gracias, en parte, a él".

Para enriquecer la teología del amor a Dios, incorporó la teología de humor de Dios. Aquel hombre al que la vida le había jugado suficientes trastadas, en los últimos años, como para que estuviera de un mal humor irredento, rebosaba buen humor por todos los poros. Cuando le pedí que me hablara de su vida, a modo de biografía, parecía haber escogido la de Dimas, el buen ladrón, el primer santo del calendario y el único que no había sido bautizado. Buscaba la verdad en la paradoja y en la paradoja siempre existe el humor. Sus expresiones, no sólo estaban matizadas por la ternura sino por el humor. Y es que el humor, el humor del buen humor, es capaz de hacer ver lo que hoy no sabemos ver: la injusta estupidez del mundo que estamos organizando bajo la capa de bellas palabras. Y el humor, el buen humor, es el capaz de descubrirnos a nosotros mismos, autores de un océano de insolidaridad compulsiva.

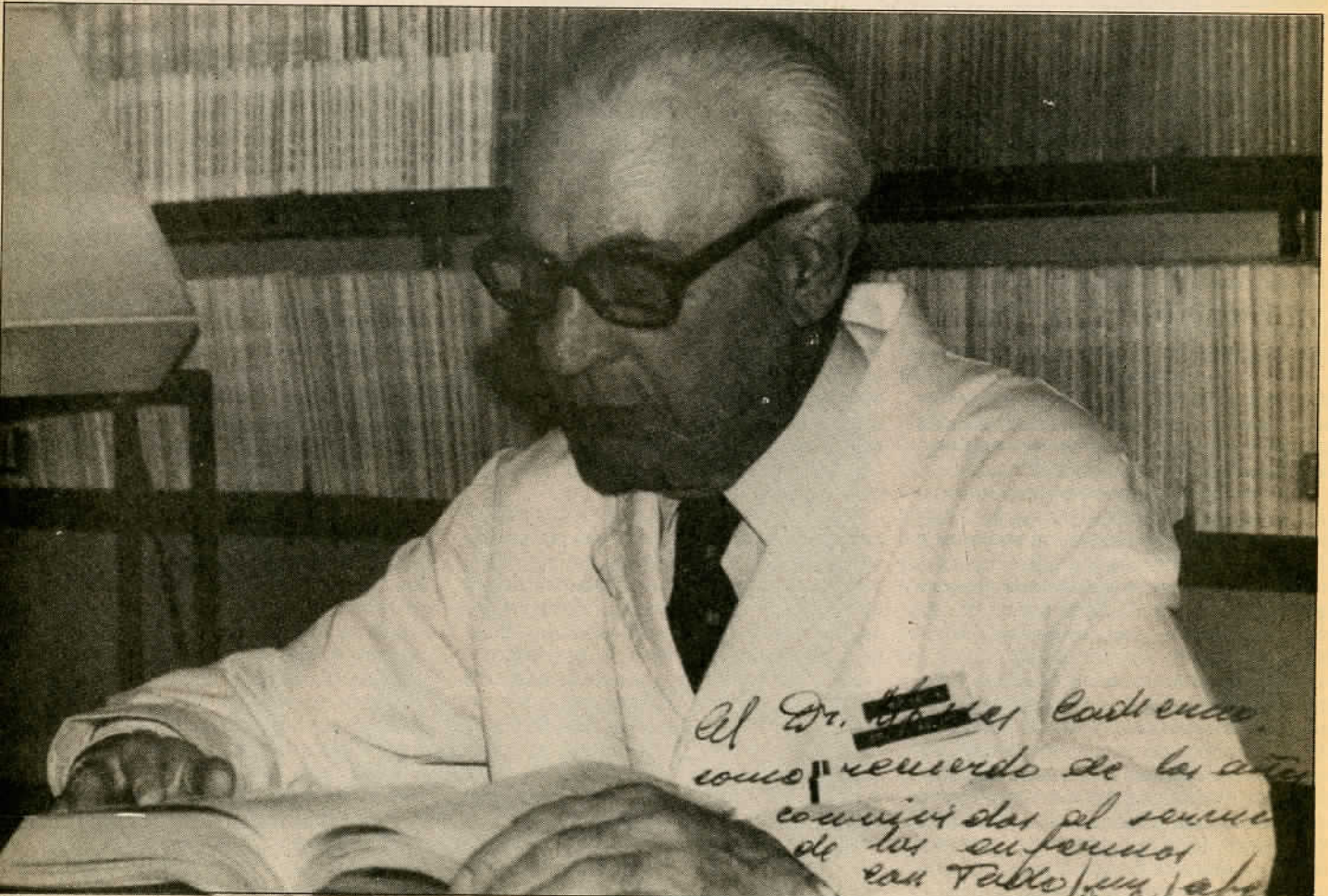
Si hoy parece haberse perdido la ética colectiva por la que se sacrificaron tantos de nuestros mayores, es porque se ha perdido la memoria de hombres como el Dr. Agustí. Temo que todos suframos una amnesia deliberada para poder vivir holgadamente en el presentismo insolidario. Recuperar la memoria es rendir justicia a un pasado que puede alumbrar el futuro.

Ahora que nos creemos tan importantes es hora de reírnos de nosotros mismos. Nuestra obra histórica puede darnos risa o pena. Pero si nos apesadumbramos serios no reconoceremos nuestros errores y seguiremos dándole al mismo sonsonete. Y si nos reímos de nuestra petulancia, de nuestra importancia, podremos perdonarnos a nosotros mismos y algo esperanzados trabajar, como en los años jóvenes, por un mundo distinto. Distinto y mejor. Mejor del que hemos generado. La teología del humor del Dr. Agustí puede librarnos del encorse-tamiento prepotente con el que andamos por la vida.

Por esto la memoria es necesaria. Necesaria no sólo la de un líder obrero, cuando lo que está de moda es el yupismo, sino la de un místico, cuando lo que está de moda es el triunfo personal impregnado del narcisismo más absoluto. Ante una confesión de este tipo, él sólo sabría responder con una sonrisa. Dios nos conserve la memoria. O nos la devuelva.

La historia carece de principio y de fin; es como un río: el cauce empieza y acaba, pero el agua no; nadie se baña en la misma dos veces.

El presente es el último momento de esta historia, la de Juan Agustí Peipoch... por ahora.



El Dr. Agustí se inventó una teología del "comunitarismo" que era un enternecimiento de la justicia y de la igualdad con la fraternidad.

La Ex
algo
aven
comp
teoría
la un
cultu
y la p
a la r
barco

"Exp
una exp
una bal
Polinesi
y docum
mostrar

Una
bó al mu
tatora f
navega
demostr
tipo de b
Oceanía

En e
la compr